18 de agosto de 1989
y otros poemas

María Mercedes Carranza
(1945-2003)

El tiempo ha sido bosque
de Dunsiname
E. M. Cioran

Este hombre va a morir
hoy es el último día
de sus años.
Amanece tras los cerros
un sol frío:
el amanecer nunca más
alumbrará su carne.
Como siempre,
entre sus cuatro paredes
desayuna, conversa,
viste su traje;

con letra afanada
y resbalosa
los nombres y las citas
de ese día,
porque este hombre no
sabe que hoy va a morir.

El asesino esconde
la cara siempre
para que el sol no le escupa
sus gargajos de fuego.

Este hombre va a morir,
hoy es el último mediodía
de sus años.
Con la frente en el abismo
sin saberlo

estrecha manos,
almuerza,
pregunta la hora.
Sus pasos que ha dirigido
otras veces al amor
y a asuntos más rutinarios
como el olvido
o la toalla azul
después del baño,
que lo han llevado
a conocer la gloria
en la algarabía elemental
de las multitudes,
sus pasos pueden ser
contados ya
porque este hombre
camina hacia la muerte.

El asesino danza la Danza
de la Muerte:
un paso adelante,
una bala al corazón,
un paso atrás, una bala
en el estómago

Cae el cuerpo, cae
la sangre, caen los sueños.
Acaso este hombre
entrevé
como en duermevela
que se ha desviado
el curso de sus días,
los azares, las batallas,
las páginas que no fueron,

acaso en un horizonte
imposible recuerda
una cara o voz o música

Todas las lenguas
de la tierra maldicen
al asesino

luz opaca como filtrada
por sementinas láminas
de alabastro,
ocurren escenas
tan familiares como
la muerte y el amor;
estas calles son el laberinto
donde he de andar
y desandar
todos los pasos
que al final serán mi vida.
Grises las paredes,
los árboles
y de los habitantes el aire
de la frente a los pies.
A lo lejos el verde existe,
un verde metálico y sereno,

un verde Patinir
de laguna o río,
y tras los cerros tal vez
puede verse el sol.
La ciudad que amo
se parece demasiado
a mi vida;
nos unen el cansancio
y el tedio de la convivencia
pero también
la costumbre irremplazable
y el viento.

carne y ceniza
se confunden en las caras,
en las bocas las palabras
se revuelven con miedo.
En esta casa
todos estamos
enterrados vivos.

Impreso en Bogotá

no piensa en el pasado,
aún liviano y todo víspera,
en los gestos, hechos
y palabras de su vida
que mañana serán
distintos en el bronce
y en los himnos,
porque este hombre
no sabe que hoy va a morir.

En su corazón de piedra
el asesino afila los cuchillos

Este hombre va a morir,
hoy es la última mañana
de sus horas.

Por sus ojos de fría
carne azul
sólo pasan idiomas
y horizontes
para ciertas cosas
que los otros sueñan:
la urgencia del pan
y de la sal,
la flor abierta del brazo,
la sangre
invisible y contenida
en su caracol de venas.
Ahora conversa
por teléfono,
escribe un discurso.
en el libro de apuntes
lo atropellan

El asesino: humores
de momia, hiel de alacrán,
heces de ahorcado,
sangre de Satán

Este hombre va a morir,
hoy es la última tarde
de sus días.
Se prepara sin saberlo
para el ritual:
con la voz fingida
en la memoria,
que casi oye ya entre
las caras como olas,
repasa las palabras
de la arenga:

pan y verde, lagos de luz,
verde y labios.
Frente al espejo rehace
el nudo de la corbata,
cepilla otra vez
sus dientes
y con los dedos recorre
las alas amarillas
del bigote.
Entonces las banderas
y las manos y las voces,
la lluvia roja
de papel picado,
la hora y el minuto
y el segundo.

Bogotá 1982

Nadie mira a nadie de frente,
de norte a sur
la desconfianza, el recelo
entre sonrisas
y cuidadas cortesías.
Turbios el aire y el miedo
en todos los zaguanes
y ascensores, en las camas.
Una lluvia floja cae
como diluvio:
ciudad de mundo
que no conocerá la alegría.
Olores blandos
que recuerdos parecen

tras tantos años
que en el aire están.
Ciudad a medio hacer,
siempre a punto
de parecerse a algo
como una muchacha
que comienza a menstruar,
precaria, sin belleza alguna.
Patios decimonónicos
con geranios
donde ancianas señoras
todavía sirven chocolate;
patios de inquilinato
en los que habitan calcinados
la mugre y el dolor.
En las calles empinadas
y siempre crepusculares,

La patria

Esta casa de espesas
paredes coloniales
y un patio de azaleas
muy decimonónico
hace varios siglos
que se viene abajo.
Como si nada
las personas van y vienen
por las habitaciones
en ruina,
hacen el amor, bailan,
escriben cartas.
A menudo silban balas
o es tal vez el viento

que silba a través
del techo desfondado.
En esta casa los vivos
duermen con los muertos,
imitan sus costumbres,
repiten sus gestos
y cuando cantan,
cantan sus fracasos.
Todo es ruina en esta casa,
están en ruina el abrazo
y la música,
el destino, cada mañana,
la risa son ruina;
las lágrimas, el silencio,
los sueños.
Las ventanas muestran
paisajes destruidos,